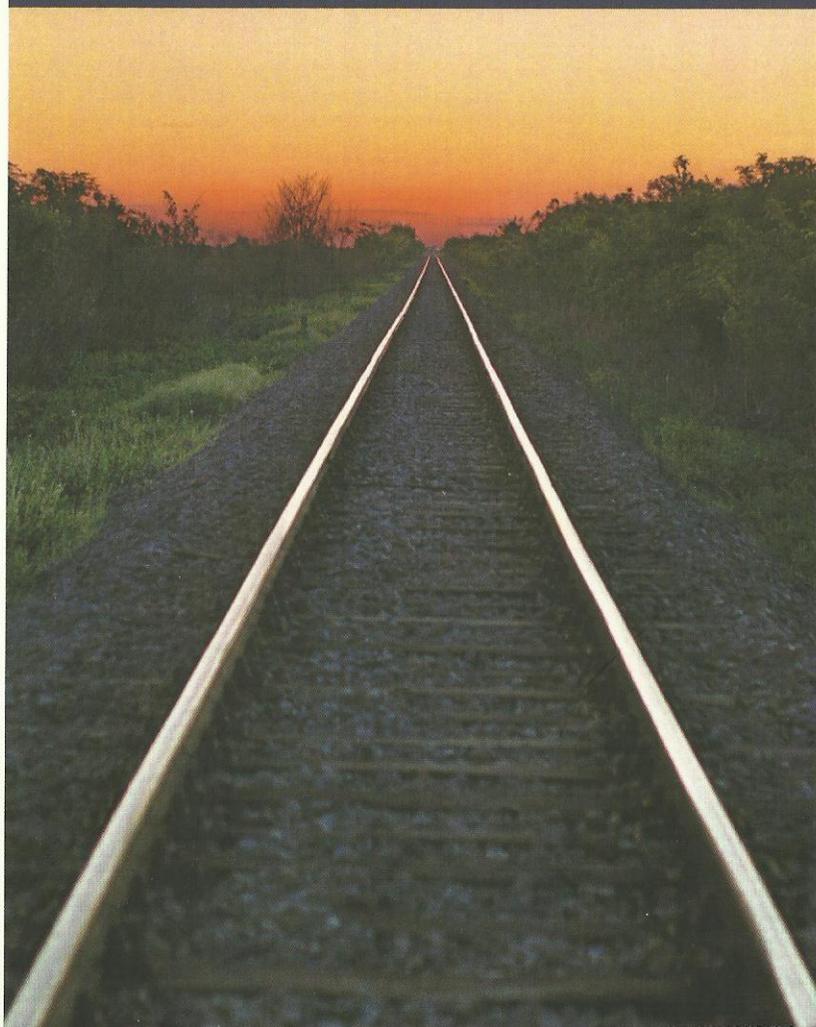


ÁNGEL RUPÉREZ

Sensación de vértigo



izana editores

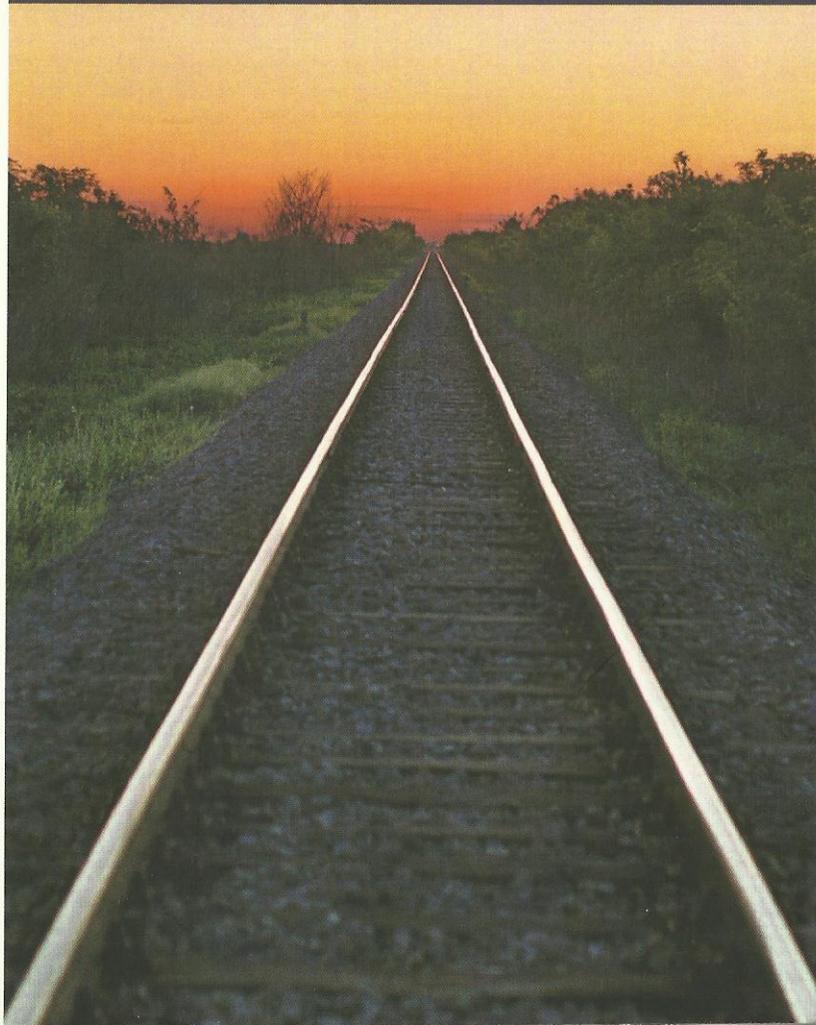


ÁNGEL RUPÉREZ

Sensación de vértigo



izana editores



suyas lo eran, y mucho. Pensé: “Es mucho más sana la realidad posible que la irrealidad imposible. Es mucho más cierto que Susana está frente a mí y que juega con su ropa interior delante de mis narices que la existencia de esa desconocida que dios sabe dónde y con quién estará. Esa desconocida tiene la sustancia de la irrealidad porque no está y no estará nunca al alcance de mi mano. ¿Cuándo aprenderé esta lección de una vez por todas?”

Capítulo IV

Caminamos al día siguiente por Milán como si fuera nuestra ciudad de siempre. Nos detuvimos en muchos escaparates, visitamos la catedral (¿cómo no hacerlo?) y después recorrimos las galerías Vittorio Emmanuelle (¿cómo no caer en esa tentación?). Curioseé por aquí y por allá y sin darme cuenta me alejé de Susana y me metí en la sección de ropa interior femenina de algo parecido a unos grandes almacenes. Juro que no contaba con ello, y que no tenía intención de fijarme en bragas y sujetadores para luego recomendarlos a Susana (los pago yo, no te preocupes, no importa el precio). Me sentí incómodo al verme solo allí, un hombre entre tantas bragas y sujetadores y mujeres que buscaban, supuse que con el fin de resultar atractivas a los hombres a los que amaban o con los que pensaban tener una relación a lo mejor a escondidas y ese era el momento de demostrarles un interés que más tarde cuajaría en seducción y apasionamiento. Miré a mi alrededor para dar a entender que no estaba allí porque me gustara estar entre mujeres que miran y buscan ropa interior sino porque había ido en compañía de mi mujer, a la que ahora no veía por ninguna parte. Pero al mismo tiempo que esgrimía ante un tribunal fantasma ese pensamiento, me sentí atrapado por las mujeres que miraban y por el placer de mirarlas. No sabía si les molestaba que por allí anduviera un hombre solo, sin ninguna compañía femenina. ¿Sería un voyeur, tal vez una amenaza?

En eso pensé, porque siempre pensamos cosas, sensatas o disparatadas, sobre lo que nos ocurre. Es imposible que las cosas pasen porque sí sin que pensemos algo con respecto a ellas. Si existiera la acción pura, es posible que en muchas ocasiones nos sintiéramos y fuéramos más libres. Como yo pensaba lo que pensaba, me sentía incómodo, pero a la vez también sabía que me gustaba estar allí, siempre en busca —esa era mi excusa mental— de Susana la desaparecida. “¿Y Susana?, ¿dónde se habrá metido Susana?”, me decía interiormente para que me oyeran las mujeres que se encontraban en la sección sin que pudieran oírme.

En una de esas travesías —iba y venía con delectación y cierto temor a la vez—, me fijé en una de aquellas mujeres —manoseaba sujetadores— y me di cuenta de que ella también me miró y yo la volví a mirar. ¿Por qué me miraba? ¿Era verdad que me miraba? ¿Le gustaba que la mirara un hombre desconocido mientras buscaba un sujetador con el pensamiento puesto en su hombre conocido (marido, novio, amante, quienquiera que fuese)? ¿Qué placer podía obtener de la mirada de un fisgón como era yo? ¿Tal vez la sedujo la novedad de un desconocido y se dejó arrastrar por ella y fantaseó fugazmente, sin llenar de contenidos expresos su fantasía? Mantuvo su mirada fija en mí, con los ojos como solícitos, de la manera como sólo saben ser los de las mujeres que desean y están dispuestas a amar. Así que, con una especie de resoplido interior que sólo oí yo (una especie de ventolera de arranque, como si fuera un motor que yo mismo encendía) y con el corazón en mar-

cha a no sabía cuántas pulsaciones por minuto (pum, pum, pum, oía dentro de mí, como si fuera un tambor que hasta podrían llegar a oír los demás), me acerqué a ella, sorteando los mostradores que me fui encontrando en el camino. Ella me vio venir y no se apartó en absoluto sino que creo que me recibió con una sonrisa (si no me confundieron las pulsaciones que a veces nublan la vista). Cuando ya estaba a su lado, sin pensármelo dos veces (bienvenida sea la acción pura), le dije la verdad: que la había estado observando desde hacía un buen rato, a cierta distancia y que, puesto que creía saber algo de ropa interior —todos los hombres solemos saber mucho de esas cosas—, me había decidido a acercarme y echarle una mano en la elección. Cuando le dije que era español y que estaba en Milán de pasada, alabó a España —¿qué imaginan los italianos que es España?— y me preguntó de qué ciudad era. No le dije toda la verdad pero casi la verdad.

—De Madrid —respondí—, regreso a Madrid mañana —seguí diciendo, aunque no sabía si eso era exactamente así porque no era la primera vez que Susana y yo habíamos cambiado de planes sobre la marcha.

—¡Qué lástima! —dijo—, Milán tiene muchas cosas que ver y un día apenas da para nada.

¿De dónde había sacado ella que habíamos estado sólo un día en Milán? ¿Ella qué sabía si acababa de conocerme y yo no le había dicho nada de mi vida, excepto que era español, casi madrileño y que al día siguiente me iría de Milán?

—Un día da para mucho —dije yo, sin saber muy bien qué quería decir con mi sentencia.

¿Cuántas cosas podría ver en Milán que aún no conociera? ¿Cuántos museos podría ir a ver? ¿E iglesias? ¿Y plazas? ¿Podría despistarme y comer algo con ella y después ir a su casa? ¿Pero qué diría Susana en ese caso? Lucía —así me dijo que se llamaba— había dejado los sujetadores mientras hablaba conmigo. Yo, en cambio, no me había olvidado de ellos.

—Me gusta este —me atreví a decir, completamente decidido, nada dubitativo, dueño y señor de mi acción, y hasta se lo alcancé tímidamente con la mano. Era de encaje blanco y no pesaba nada, casi como una pluma. Lo cogió y lo miró y lo volvió a dejar sin decir nada, como si estuviera pensando qué decir o qué hacer.

—A mí también me gusta —dijo, y después de un minúsculo intervalo de silencio en el que no pude saber lo que llegó a pensar, si es que llegó a pensar en algo, añadió:

—Me lo compro con una condición.

—¿Una condición? ¿Qué condición? —dije, ya no con asombro si no con alucinante incredulidad.

—Que me acompañes después —dijo ella resuelta.

—¿Adónde? —pregunté, con una especie de escalofrío que era el conato de un desconocido placer.

—A mi casa —respondió con una seguridad y aplomo que me costó digerir en ese instante.

—No puedo acompañarte —dije medio entristecido, casi apesadumbrado, casi hundido en la miseria.

—¿Por qué? —dijo Lucía—. Es sólo un momento. Podrás disculparte fácilmente —añadió, consciente de que yo no estaba solo porque, de estarlo, ¿cómo podría haberme negado? ¿Qué hombre lo habría hecho?

—No, no puedo —insistí.

—Se me ocurre otra cosa —dijo Lucía—. Me acompañas a un probador y me dices cómo me sienta.

¿Era una mujer de carne y hueso o era una aparición? ¿Estaba soñando o estaba despierto? Pero sí, sí y sí: sin duda estaba despierto y sin duda era una mujer de carne y hueso, rubia, de unos treinta y tantos largos, como Susana, de ojos claros, como Susana, de buena estatura —algo más alta que Susana— y de unas formas irreprochables. Llevaba pantalones ajustados —no vaqueros sino de algodón color crudo—, una camiseta azul celeste, muy ceñida, que dejaba ver todo lo que llevaba dentro —no llevaba sujetador, precisamente y de ahí que los pezones se redondearan como sublimes granos granados sobre el algodón de su camiseta. Sí, sí y sí: estaba despierto y Susana seguía sin aparecer y yo había sido invitado a un acto inimaginable y asombroso, que nadie se creerá al leer esta historia. Pero ese acto en sí mismo, además de inimaginable —comprendo al lector, yo reaccionaría en su caso como él, con la misma incredulidad—, era peligroso pues, ¿y si aparecía Susana y me veía entrar en un probador con esa mujer desconocida? ¿No se habría ella igualmente frotado los ojos, como yo lo acababa de hacer al verme invitado a semejante acto, que ni en sueños hubiera imaginado? ¿Qué hago? ¿A quién le

pido asesoramiento y ayuda? No había tiempo para tanto pues Lucía, ni corta ni perezosa, sin dar pábulo ni un solo instante a mis cavilaciones, dijo, muy segura de sí misma, pero a la vez discreta, a sabiendas de que no ocurría todos los días lo que estaba a punto de ocurrir:

—Sígueme.

Por supuesto que la seguí, al fin del mundo la hubiera seguido si hubiera sido necesario, adónde ella hubiera querido, hasta tal punto el sujetador en sus manos me tenía hipnotizado. Ahora bien, no por ello dejé de mirar a un lado y a otro, pues ¿y si aparecía en ese mismo instante Susana? ¿Qué hubiera hecho? Pero además: ¿y las dependientas? ¿Qué iban a pensar las dependientas al ver a un hombre seguir a una mujer con un sujetador en la mano? ¿Tenía eso alguna importancia? ¿Ellas que sabían? ¿Acaso un hombre no puede entrar al probador con su mujer para cómo le sientan los sujetadores que tal vez él ha escogido con el beneplácito de su mujer? Y, en cualquier caso, ¿a vosotras qué os importa? ¿Envidia, tal vez? ¿No os gustaría estar vosotras en el lugar de Lucía? ¿No será ese el problema? Lucía iba delante de mí y yo tras ella. ¿Dónde estaba el problema? ¿A quién podía importarle? A Susana sí, desde luego, pero no a ninguna de las dependientas que atendían la sección en la que nos encontrábamos. Lucía podía ser mi mujer y yo su marido. ¿Dónde estaba el mal? Lucía podría ser mi amante, ¿dónde estaba el mal? De estarlo, lo estaría en el daño infligido por ella a su marido (¿lo tenía?) y por mí a mi mujer, en el engaño mismo, en la infidelidad a punto

de perpetrarse, incluso, tal vez, en nuestras respectivas conciencias una vez que se hubiera consumado el acto —¿qué acto?—, pero en absoluto podía estar en lo que pudieran pensar aquellas desconocidas que, por otra parte, ¿quién sabe lo que harían con sus vidas? Mientras pensaba en todo eso —rápidamente, a la velocidad de la luz, como a veces maquina la mente—, Lucía entró en un probador y yo, después de pensármelo dos veces y de mirar a todas las partes a las que alcanzaban mis ojos, también entré. Apenas cabíamos los dos, allí apretaditos, forzados a rozarnos sin querer, incluso más que a rozarnos. Me puso el sujetador en mis manos y me lo acercó a mi boca y luego a la suya. Se quitó la camiseta, se quedó desnuda durante un instante, mirando al espejo y yo viendo sus pechos reflejados en él, grandes pero no caídos, los pezones erectos, el espejo literalmente intimidado y yo mucho más. Con una naturalidad pasmosa, propia únicamente de quien está familiarizada con su cuerpo y no ve en él más que una costumbre, Lucía cogió el sujetador que yo aún sostenía en las manos, se lo puso, me pidió que se lo abrochara (me temblaron las manos) y después se volvió hacia mí y dio la espalda al espejo.

—¿Te gusta así? —preguntó—. Ahora, si quieres, puedes quitármelo —añadió.

Pero yo no quería quitárselo inmediatamente sino verla con él puesto.

—¿Y si llama alguien? —dije—. ¿Y si me pillan aquí encerrado contigo?

Se limitó a sonreír tranquilamente y a animarme con su pasividad a actuar, sin la más mínima pizca de inquietud o miedo en su gesto (simplemente pasividad, mirada, espera, deseo.) Le puse las manos en los pechos, me acerqué a su boca, la besé, ella me besó, le quité el sujetador, la besé en los pechos, le puse el sujetador en su boca, luego en la mía, le quise poner la mano entre las piernas, pero ella no me dejó seguir.

—Basta —dijo, y se puso la camiseta precipitadamente, metió el sujetador de cualquier manera en su bolso, se arregló el pelo, abrió la puerta del probador y yo seguí tras ella, y ya de nuevo en la sección —¿miraban las dependientas?, ¿estaban al corriente de lo que había pasado?—, volvió a meter la mano en el bolso, me dio una tarjeta y me dijo:

—Llámame si quieres.

Después de pagar (no consintió que yo la invitara) y sin esperar a que pudiera decir nada, me dio un beso en las mejillas —no en la boca— y se fue. Me la quedé mirando, aún con su tarjeta en mis manos, los pantalones apretados, la camiseta ceñida, caderas suficientes, cintura estrecha, no llevaba sujetador. ¿Hacia dónde se dirigiría? La seguí (lo decidí, actué, no pensé en nada), vi cómo bajaba las escaleras mecánicas, vi cómo se perdía en el pasillo central de las galerías, bajé, la alcancé, se sonrió al verme, le dije que la llamaría, volvió a sonreírse, salió a la calle, cogió un taxi y desapareció. Me quedé en la calle siguiendo la trayectoria del taxi, el sol ardía, las palomas se quemaban en la plaza, y no sé si agité ligeramente la mano en señal de despedida. Miré

su tarjeta, vi su nombre escrito —sólo su nombre—, una calle que no conocía, un número de teléfono desconocido.

Volví sobre mis pasos, subí las escaleras mecánicas, volví a entrar en los grandes almacenes y empecé a buscar a Susana. Recorrí las secciones, ropa de hombres, ropa de mujeres, regalos, bolsos, marroquinería. No aparecía Susana por ninguna parte. Volví a recorrer las secciones, incluso la sección de ropa interior. Las dependientas no me miraban de ninguna forma especial, sencillamente me ignoraban. No se habían fijado en mí, ni siquiera mientras había acompañado a Lucía al probador. Las dependientas no se fijan en los acompañantes de sus clientes y, si lo hacen, se olvidan de ellos enseguida. ¿Qué no habrán visto y olvidado las dependientas de unos grandes almacenes? Pasé a la sección de calzado de mujeres que estaba al lado. Ni rastro de Susana. Empecé a preocuparme, dejé de pensar en Lucía o, mejor dicho, pensé en Lucía como causa inmediata de que no encontrara a Susana. ¿Merecía la pena haberle visto los pechos a Lucía, habérselos besado, haberlos visto con el sujetador puesto (era de encaje), habérselo desabrochado, haberlo besado, haberlo intentado? ¿Merecía la pena todo eso si ahora no encontraba a Susana? ¿Y si me hubiera visto? ¿Y si desde un ángulo privilegiado, oculta, hubiera seguido mis evoluciones con la italiana (para ella una desconocida, para mí Lucía)? ¿Se habría ido al hotel en ese caso? ¿Estaría dispuesta a cantarme las cuarenta y amenazarme con la separación? ¿Había merecido la pena mi aventurilla de poco pelo? (pensaba el remordi-

miento y sancionaba la realidad). ¿De poco pelo lo que me había pasado? ¿Estaba seguro de que era de poco pelo la experiencia que acababa de vivir? ¿Qué atrevido decía eso? ¿Así es la mente?

Bajé a la sección de perfumería, subí a la sección de ropa de baño (tal vez su madre necesitaría un albornoz, o una toalla). Bajé a la sección de libros, tal vez su padre estaría dispuesto a leer una novela. Pero era absurdo, su padre no leía italiano y todos los libros que habría allí era de suponer que estarían en italiano (¿o algún novelista español, de los llamados estelares, expondría en esos tableros o anaqueles alguna de sus novelas en su lengua original?). No me fijé en ningún libro en particular ni en ninguna novela. No estaba yo para libros ni novelas. La angustia no consiente en que la atención se fije en otra cosa que no sea en el objeto que la provoca. Salí de los grandes almacenes, exhausto, convencido de que Susana me había visto y había tomado la decisión de regresar al hotel para esperarme allí y decirme todo lo que me tenía que decir. ¿Qué hacía yo con esa desconocida a la que acompañé al probador de la sección de ropa interior? ¿Qué hicimos dentro la desconocida y yo? Di, ¿qué hicisteis?

“Estuvisteis un buen rato dentro los dos, no menos de un cuarto de hora, lo que dura un polvo rápido (Susana no solía usar ese tipo de palabras pero tal vez la cólera la obligara a usarla). ¿Te la tiraste allí mismo? (tampoco me imaginaba esa palabra en su boca, excepto en un caso de ira descontrolada, como muy bien pudiera ser la que la haría estallar al

sospechar de mí). ¿Lo hiciste con ella como a veces me pides que lo haga contigo? Por delante, por detrás, ¿cómo lo hiciste? ¿Con un espejo por testigo, como a ti tanto te gusta?”.

Bah, mente asquerosa que fabulas hasta la extenuación y agotas así a tus siervos, recreando escenarios antes de tiempo con la única finalidad de atormentarlos. Pues, en todo caso, oh mente asquerosa, si me había visto con Lucía, estaría perdido. ¿Cómo decirle que me habría confundido con otro? ¿Cómo decirle en ese caso que de ninguna manera era yo el personaje que ella había visto entrar en un probador con una desconocida? ¿Cómo sostener semejante mentira? ¿Cómo poner en entredicho hasta ese punto lo que ella había visto con sus propios ojos? ¿Hasta ese punto yo podría ser un estafador, hasta el punto de hacerle creer a Susana que había visto visiones, que el hombre que ella había visto hablar con la desconocida y después había visto entrar en el probador con ella no era yo, sino otro muy parecido a mí, parecida ropa, parecido pelo, parecido todo? ¿Hasta ese punto? ¿Debería añadir otra mentira para salvar el pellejo, mi pellejo?

Casi temblando salí al exterior —qué alivio— y vi —qué alivio también— que Susana estaba tomando tranquilamente un refresco en una terraza, como una turista más cualquiera, enumerando los regalos que había comprado, colocándolos en orden sobre la mesa (“estos para papá, estos para mamá, estos para mi hermano Jaime, estos para mi hermana Luisa, estos para mi sobrino Daniel, estos para mi sobrina Ana, este para mi amor, mi hijo David, estos

para mi otro amor, mi hija Susana, y para mi cuñada Almudena...”). Me acerqué con miedo (la infidelidad produce miedo si no se quiere perder a la mujer a la que se ha engañado), pensé en qué le diría (ya lo había pensado previamente pero se me había olvidado en ese instante, hasta tal punto el pensamiento es borrado por la inminencia de la acción, hasta tal punto pensar y actuar son cosas radicalmente distintas), me lo pensé dos veces (hasta tal punto tenía miedo de meter la pata), me estremeció pensar que lo hubiera visto todo y conociera la verdad y me asestara la puñalada que más me temía (“ahí te quedas, guapo, juégasela a otra”), me detuve a improvisar una gran mentira que le hiciera dudar en el caso de que dijera que ya sabía dónde había estado, o que le hiciera pensar en otra cosa y no en lo que realmente había ocurrido. Vi que sacó un espejo de su bolso, se ajustó ligeramente el pelo y se pintó los labios con una barra de carmín. No era el gesto de una mujer preocupada, era más bien el gesto de una mujer que espera indolentemente porque conoce a su marido y sabe que se ha podido entretener en las cosas más peregrinas, tal vez incluso en la sección de ropa interior femenina para convencerla luego de que se compre esas braguitas o esos sujetadores que ha seleccionado para fiestas por venir mientras ella buscaba regalos para sus familiares.

“¿Otra vez con tu dichosa ropa interior? ¿No te cansas nunca de esas cosas?”

Cuando me vio, me preguntó con naturalidad e inocente curiosidad que dónde me había metido.

—Te he estado buscando —le dije—. Creí que te habías ido al hotel y que nos habíamos perdido. Hasta en la sección de ropa interior te he buscado —añadí.

Si tienes miedo a algo o a alguien, lo mejor que puedes hacer es acercarte a ellos, desafiarlos, nombrarlos, tocarlos, enfrentarte a ellos, todo menos huir de ellos, porque en ese caso el objeto de tu miedo te persigue y no te abandona y se apodera completamente de ti.

Susana se echó a reír, puso un gesto que quería decir “ya te conozco, nunca cambiarás” y yo respiré en lo más profundo.

—Te he estado buscando por todas las secciones de los grandes almacenes e incluso te he estado esperando a la salida de los servicios para mujeres, hasta ese punto te he estado buscando.

Se echó a reír de nuevo cuando le dije lo de los servicios y me dijo —con bastante recochineo, sin duda porque no se creía lo que le contaba y lo adjudicaba a mis frecuentes inclinaciones noveleras—:

—¿Y qué cara ponían las mujeres cuando te veían allí?

—No ponían ninguna cara. ¿Qué cara iban a poner?

La mentira parecía funcionar perfectamente aunque puede que ella no se creyera ni la mitad de lo que yo le contaba. Así pude respirar tranquilo y pensar que todo estaba en orden. Nada corría verdaderamente peligro. El matrimonio seguía en pie. Susana y yo nos amábamos. Lucía sólo había sido un espejismo.